

PEÑA TELERA. 01/11/2013

Bike First Lady tiene una teoría muy intuitiva y, por lo que se verá, acertada: “Todos los picos que llevan el nombre de peña, son un peñazo (en el sentido que son ascensiones largas, duras y pesadas). Peña Telera no es una excepción. Al contrario, es uno de los mejores exponentes de esa teoría.

Costó mucho reclutar cuatro miembros del club con el ánimo y la templanza necesarios para asaltar la Peña Telera. Finalmente, tras un par de cambios de fecha y ajuste de agendas, quedó concertada la cita para el día de Todos los Santos, coincidiendo una clásica del Club como es el descenso de Añisclo en otoño. Tratándose de dos excursiones con perfiles muy diferentes -y que nadie planteó un conflicto de intereses (los de Añisclo no querían ver Telera y los de Telera perdonaban Añisclo)- se obtuvo la venia de la superioridad para hacer una excepción a la consuetudinaria norma del Club que impide la convocatoria de dos actividades excluyentes en la misma fecha, con lo que quedaba el camino expedito para la conquista de la Telera.

Dos días antes de la ascensión, uno de los componentes del grupo –el único femenino- plantea la posibilidad de que nos acompañe una amiga con la que el fin de semana anterior había hoyado el Midi d’Ossau. Con semejante credencial, quién le dice que no. Sea, el grupo pasa a ser de cinco.

Llegado el día, nos encontramos en el punto convenido (aparcamiento de Lacuniacha, en Piedrafita) y aparece nuestra compañera Marta, no con una amiga, sino con dos ¡albricias!, un novio, y otros dos amigos, que vienen por detrás ya que han ido a dejar un coche en el parking de Santa Elena para hacer el regreso por el Barranco de Biescas hasta ese punto. De cuatro miembros hemos pasado a nueve (y ahí no quedará la cosa).

Tras las presentaciones de rigor, comienza la ascensión, tomando de forma clara la delantera, el liderazgo y marcando el ritmo de la ascensión uno de los recién llegados y recién presentados que responde al nombre de Íñigo. -Bueno, nos dejamos llevar-.

Tras cruzar la estribación inferior de la planicie de la Partacúa, donde nos encontramos con dos ganaderos que estaban echando sal y pienso a las vacas, a los que les preguntamos si se podía llegar hasta allí en coche, a lo que respondieron como verdaderos montañeses: “no sé, no soy de aquí”, constatamos que, efectivamente, quizá sí podíamos haber llegado hasta allí en coche -como nuestros “amigos montañeses”-, enfilamos lo que desde abajo parece una subida vertical, la célebre canal de Cobacherizas, dejando a la derecha un refugio de autogestión (Refugio de Telera) y bajo nuestros pies el Ibón de Piedrafita.

La canal de Cobacherizas, que desde lejos parecía vertical y desde cerca lo es, hace que la ascensión sea lenta, dura, fatigosa y hasta menesterosa. La monotonía del suelo de piedra suelta que ocasiona repetidos resbalones, el jadeo de la respiración y el palpitar del corazón tan sólo se ve rota por el desprendimiento a nuestra derecha de una verdadera lluvia de piedras con las que las fuerzas telúricas que anidan en la canal nos reciben.

La pendiente no da tregua ni respiro y la dureza comienza a marcar diferencias en el grupo, creándose una avanzadilla y una retaguardia. Así, ansiamos llegar al temido y afamado “paso horizontal”, que si bien tiene una caída de varios cientos de metros ¡al menos es horizontal! ¡y no vertical, como la desdichada canal de Cobacherizas!.

El “paso horizontal” sin plantear ninguna dificultad técnica sí que exige cierta fortaleza psicológica en forma de aversión al vértigo, ya que es una senda estrecha, transitable pero, con un “patio” tremendo. Vamos, que la vista se fija en el lado de la pared y solo con el rabillo del ojo se escruta el vertical espectáculo que queda a la derecha.

Llegamos a la trepada. Dicen las crónicas que hay pasos de grado II. Y efectivamente son de grado II y de grada, porque la verticalidad del “patio” permanece. Es en este trance, en el que nuestro autoproclamado líder hace una cosa que anticipa lo que luego descubriremos: en una zona de trepada complicada, se pone a “guardar la puerta”, lo que viene a ser ponerse a modo de quitamiedos entre el desfiladero y la pared para que quien asciende tenga la sensación de que si se cae va a ser parado, recogido, salvado, por tan gentil alma.

Superada esta zona, se enfila ya lo que es propiamente el pico de Peña Telera por su parte posterior. Después de la pechada de Cobacherizas, el paso horizontal, la trepada grado II y grada superior, hay una sensación de cierto alivio, porque piensas: lo peor ya ha pasado, ahora hacemos cima y para abajo. ¡Craso error! ¡Aún quedan trescientos o cuatrocientos metros de desnivel, con una verticalidad muy parecida a la de la odiosa Cobacherizas, aunque con roca más firme, que obliga a trepar continuamente pero, al menos, no resbala. Así que, lo que se intuía como un paseíto hasta la cima se convierte en un verdadero calvario, con todas las estaciones y paradas del Vía crucis.

Y así, cuando la fatiga acumulada y el sudor vertido -no traspirado, vertido- han convertido en indiferente la cumbre, albergando como única aspiración terminar la ascensión, se alcanza la cumbre desde la que se divisa una buena parte de la cordillera de los Pirineos: Palas, Balaitus, Arriel, Facha, Infiernos, Vignemal, ... liviana recompensa para tan magro esfuerzo, que dejan ante los pies una (y a la vista) una ascensión de más de 1.500 metros.

Y estando en la cumbre, solos –no es de extrañar sabiendo lo que hay que salvar para llegar hasta allí- aparece un ciudadano que viene corriendo. ¿Qué delito habrá cometido para tener que subir corriendo hasta aquí? ¡Impresionante!

Tras hacer las fotos de rigor, y compartir planes con el recién llegado corretelera –que al parecer no es un prófugo sino un señor de Madrid que corre por gusto-, decidimos unirnos todos en un solo grupo y volver todos por el Barranco de Biescas hasta Santa Elana, lo que alargará la excursión, si bien nos evita el destrepe –curiosamente, y al contrario de lo que sucede en la sociedad, siempre más complicado que el trepe-, el “paso horizontal” y la odiosa –y ya odiada- Cobacherizas. Aceptamos de buen grado alargar la excursión a cambio de no volver a toparnos con estos “alicientes”.

En la bajada alguno de los miembros del grupo debe de ser socorrido de calambres paralizantes de las piernas, fruto de la eliminación de líquidos y sales más allá de lo recomendable. Menos mal que la glucosa, el magnesio y el suero amasan un totum revolutum que en poco rato devuelve la movilidad al miembro inmóvil.

Una rectificación del trazado socava de forma repentina el liderazgo de quien hasta ese momento se había comportado como líder carismático de la expedición. Hay varios conatos de rebelión que se sofocan en cuanto se recobra la senda buena. Y así transcurre la bajada, por un paraje bellissimo e ignoto para todos los miembros del grupo que pone ante nuestro ojos unas grutas horadadas en la piedra caliza que pueden rivalizar en tamaño y belleza con la mismísima cúpula de San Pedro de Roma

Cuando el ocaso del día se somete a la noche cerrada, justo en el instante en que los trasgos de la montaña comienzan a poblar cada revuelta de la senda, y las sombras oscura proyectan formas inquietantes alcanzamos Santa Elena, y con ella nuestro objetivo final.

Nueve horas de marcha, más de tres mil trescientos metros de desnivel acumulados convierten esta excursión en una jornada memorable, cuyo rasgo más acentuado es su gran exigencia. Muchos tresmiles y algunos cuatromiles son mucho más asequibles que Peña Telera.

De regreso al aparcamiento de Piedrafita desde Santa Elena, seis en un coche –habíamos hecho mal las cuentas- y flotando en el caldeado ambiente el orgullo de la gesta realizada, se nos destapa, para la mitad de los miembros de la expedición, el secreto mejor guardado de la jornada: la persona que ha ejercido todo el día de líder, aquel por el que nos hemos dejado llevar, resulta ser un guía de montaña profesional, que además es compañero de licenciatura.

Ángel de la guarda, dulce compañía...